

El anarquismo andaluz

Os Cangaceiros



Prometeo Ediciones
Colección Libelos #3

EL ANARQUISMO ANDALUZ
Os Cangaceiros

En el 90º aniversario de la Revolución social de 1936.

Título original: *L' Anarchisme Andalou.*

Extraído de *L'incendie millénariste*, Os Cangaceiros, 1987.

Traducción y correcciones: UNA.

Diseño: EPIMETEO.

Ilustraciones: FRANS MASEREEL.

Impreso en Barcelona. Verano de 2026.

[...] debemos propagar nuestros principios ya no mediante las palabras sino mediante los hechos, porque esta es la forma de propaganda más popular, más poderosa y más irresistible [...]

MIJAIL BAKUNIN.
Lettre à un Français, 1870



PALABRAS PREVIAS

Anarquía, anarquismo, anarquista. Palabras espantosas que infunden miedo y estremecen a quienes no las conocen. [...]

Siempre, en todos los actos de vuestra existencia baja y triste, nos encontraréis ante vosotros construyendo por encima de vuestro lodo nuestra vida insolente, la vida anarquista, ¡la rebelión permanente!

LE RÉTIF

Este texto se publica con el propósito de contribuir a la memoria histórica, entendida no solo como recuperación del pasado, sino como ejercicio crítico de comprensión de los procesos sociales y políticos que marcaron profundamente a la sociedad contemporánea. En este sentido, se busca ofrecer a quines lean herramientas para situar y comprender la experiencia colectiva de los sectores populares en un contexto de conflicto y transformación.

El trabajo se centra en los orígenes del anarquismo en Andalucía, un movimiento que no puede entenderse únicamente como una corriente ideológica importada, sino como la cristalización de unas condiciones

materiales concretas: la pobreza rural, la concentración de la tierra, la precariedad del trabajo agrícola y las formas de sociabilidad campesina. A lo largo de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, estas realidades dieron lugar a una cultura política propia, marcada por la autoorganización, la solidaridad y la aspiración a una transformación radical del orden social.

En los años que preceden al estallido de la Guerra Civil —especialmente tras la insurrección militar de julio de 1936— estas prácticas ya arraigadas en amplias zonas de Andalucía adquieren una nueva intensidad y visibilidad, articulándose con el movimiento obrero urbano, con las organizaciones libertarias y las anarquistas en el resto de la península. En el vacío de poder provocado por el golpe militar, y en el marco de la respuesta popular que siguió en muchas localidades, se abrieron procesos de transformación social de una profundidad excepcional. En ese contexto, las anarquistas y el movimiento obrero desempeñaron un papel central en la puesta en marcha de experiencias de autogestión, colectivización agraria y reorganización de la vida económica y social, que constituyeron uno de los episodios más significativos de la Revolución social de 1936.

Anarquistas de Prometeo.

Verano 2026



No seré nunca nada,
no puedo querer ser nada.
Aparte de eso, llevo en mí todos los sueños del mundo.

FERNANDO PESSOA

En abril de 1987, el grupo Os Cangaceiros publica *El incendio milenarista*, firmado con los seudónimos *Georges Lapierre* e *Yves Delhoysie*. Durante sus pocos años de existencia, este pequeño grupo clandestino lleva a cabo diversas acciones contra la institución penitenciaria —robo de planos y sabotajes— o en solidaridad con personas presas, participa a su manera en varios movimientos sociales y publica tres números de una revista del mismo nombre en la que expone sus análisis sobre los acontecimientos que sacuden los años 80 en Francia y en Europa.

Sus pocas acciones los sacan brevemente del anonimato y ponen a la policía tras su pista. Los distribuidores se niegan entonces a llevar *El incendio milenarista* a sus librerías y Os Cangaceiros se encuentra con existencias de libros sin poder vender. Con la presión policial en aumento, deciden abandonar la mayor parte de los ejemplares en algunos lugares públicos, dejando en manos desconocidas su dispersión, fuera de toda lógica comercial. El grupo Os Cangaceiros desaparece a principios de los años 90, habiendo logrado escapar de la represión.¹

1. En sus textos, Os Cangaceiros pone de relieve la crítica de la vida cotidiana y de la alienación, la autonomía de las luchas frente a las organizaciones políticas o sindicales, el rechazo del militantismo y de la lógica de los grupos armados revolucionarios, exalta la revuelta de los pobres y se identifica con ella, defiende el rechazo del trabajo y las violencias sociales contra el orden establecido... Sin esperar y sin mediación. Como en toda experiencia, este discurso se confronta con la práctica para revelar sus límites y sus contradicciones.

EL ANARQUISMO ANDALUZ



En ningún otro país de Europa el espíritu del cristianismo se prolongó tanto como en España. Y en ningún otro lugar su declive fue tan brusco y sangriento.

España fue un país intensamente cristiano hasta el siglo XIX. Se constituyó como nación en el marco de la Reconquista, la guerra santa que duró ocho siglos. Una vez concluida esta, en los siglos XVI y XVII, la Iglesia aún supo mantener la cohesión de un cuerpo social y político inmóvil, asegurando la mediación entre ricos y pobres, y sabiendo recordar a los primeros sus deberes hacia los segundos.

El Estado estaba dominado por la Iglesia, y toda su política, tanto en el interior como en el exterior de sus fronteras, estaba impregnada del espíritu religioso. Independiente de Roma, la Iglesia española supervisa-

ba y regulaba toda la vida pública. Su poder era tal que en 1700, en su apogeo, uno de cada diez españoles pertenecía a la Iglesia. España tenía entonces la convicción de vivir según una idea, siempre dispuesta a luchar para salvaguardar su integridad. La Iglesia había logrado armonizar el país, al que protegía de los males del mundo exterior, del dinero y del comercio. Sabía mostrarse fiel a un ideal cristiano igualitario, al que intentaba conformar la vida de la sociedad. El clero, y sobre todo los frailes, no dudaban en ponerse resueltamente del lado de los pobres cuando estos se levantaban contra algún abuso fiscal repentino o algún intento del Estado de limitar sus libertades individuales o comunales.

Este equilibrio, obtenido al precio de un repliegue sobre sí mismo de todo el país, iba a romperse a comienzos del siglo XIX, cuando el dinero y el comercio acabaron penetrando en la sociedad española e imponiendo las reglas modernas del mundo desarrollado desde hacía varios siglos en el resto de Europa. Los burgueses liberales fueron los agentes, tímidos, encargados de llevar a cabo la transformación. Impregnados de las doctrinas de la economía política inglesa, estos reformadores pretendían ante todo modificar por completo el sistema de la propiedad de la tierra en el país. Su plan general, concebido hacia 1810-1814 y anunciado formalmente en las Cortes de 1822, tenía como objetivo suprimir todos los *bienes inalienables* que cubrían entonces, junto con los bie-

nes comunales, casi todo el país: tanto unos como otros debían ser puestos a la venta. Se trataba de romper con ese sistema inmutable que sumía al país en la inercia y promover la prosperidad de España mediante el libre comercio, el intercambio y la especulación. Los conventos fueron suprimidos y las tierras del clero, en su mayoría, confiscadas. Todos estos bienes fueron vendidos a bajo precio, lo que selló la alianza entre los propietarios rurales y la burguesía provincial, asegurando el éxito de la reforma liberal —a semejanza de la R forma en Inglaterra—. En 1835, el asunto estaba resuelto en sus líneas generales.

La Iglesia se despertó entonces con un sobresalto desesperado, erguida en pie de guerra para defender la posición central que había ocupado hasta entonces. En las provincias rurales del norte, en Navarra, en el País Vasco, en Aragón, en Cataluña, desencadenó la guerra carlista: «Un solo rebaño, un mismo pastor en la tierra, un solo monarca, un solo imperio, una sola espada». Estos pequeños campesinos prósperos vieron sus fueros amenazados por la reforma liberal y se colocaron bajo la bandera de Don Carlos contra la burguesía. Pero en las provincias agrícolas del sur, los campesinos sin tierra permanecieron indiferentes a la causa de la Iglesia, a la que los grandes propietarios, por su parte, se cuidaron de no apoyar. Los carlistas fueron vencidos en 1840, tras ocho años de guerra encarnizada.

La Iglesia había dejado de funcionar como mediadora para funcionar como partido. En las ciudades, los excesos de la guerra carlista le granjearon el odio tanto de los pobres como de la burguesía. En 1834 hubo una epidemia de cólera en Madrid, y corrió el rumor de que frailes y jesuitas habían envenenado los pozos. La multitud se reunió, quemó conventos e iglesias de jesuitas y mató a todos los frailes que pudo encontrar; lo mismo se repitió al año siguiente, y ardieron iglesias y conventos en todas las grandes ciudades. La mayoría de los incendiarios eran católicos practicantes y pobres.

Toda la actitud del clero fue entonces la de dedicarse a las actividades financieras para recuperar, al menos en parte, el papel eminente del pasado.² Su acción, impulsada por iniciativa de los jesuitas —las órdenes mendicantes prácticamente desaparecieron del país—, fue a partir de entonces enteramente política, y encontró sus aliados en los círculos más ricos y más reaccionarios.

2. La Iglesia reinvertió las indemnizaciones pagadas por el Estado en empresas industriales, servicios públicos —ferrocarriles, tranvías— y bancos. Ahí está el secreto de la famosa «desaparición del tesoro de los jesuitas»: en el siglo XIX se consideraba que la Compañía de Jesús poseía aproximadamente un tercio de los capitales del país. Se conoce el papel central que ha desempeñado recientemente el Opus Dei en la modernización del capitalismo español.

La fe religiosa desapareció entonces entre los pobres: antes sometidos a la Iglesia, se alejaron de ella masivamente para adoptar otras creencias que le eran hostiles: el anarquismo fue la que expresó sus aspiraciones en toda su pureza y su violencia. Brennan señala que:

[...] estas nuevas teorías sociales tuvieron como efecto modificar la actitud de los obreros hacia los terratenientes y los patronos, que se convirtieron entonces para ellos en lo que habían sido los judíos y los moros, es decir, extranjeros, intrusos que obstaculizaban su pleno desarrollo... los españoles llevaban mucho tiempo acostumbrados a luchar por ideas. Desde hace dos mil años, la historia de España es la de una cruzada, regularmente marcada por períodos de indiferencia y de apatía».³

La sociedad española quedó a partir de ese momento dividida en dos. En la cima de la pirámide jerárquica, la aristocracia y el clero, obstinadamente orientados hacia el pasado, y la alta y media burguesía, que constituían una quinta parte de la población: comprendían a las personas que votaban, leían los periódicos, se disputaban los cargos del gobierno y dirigían los asuntos del país.

En la base, los campesinos y los obreros que, en tiempos normales, no se interesaban por la política, no

3. Brennan. *El laberinto español*.

sabían leer y solo se ocupaban de su vida. Los pequeños comerciantes y artesanos, situados entre ambos grupos, pero inclinándose más bien del lado de los pobres —y, de hecho, fueron a menudo estas personas, algo instruidas, quienes se encargaron de difundir las ideas revolucionarias por todo el país—.

Las clases trabajadoras vivían en un mundo completamente ajeno al de los burgueses, cuyo modo de vida no envidiaban. Aunque empobrecidos por la pérdida de los bienes comunales a comienzos del siglo, los campesinos no habían sufrido toda la opresión de los pobres del campo inglés del siglo XVIII: se encontraban dejados a su suerte en aldeas y pequeñas ciudades, y allí habían conservado las costumbres ancestrales, unidos por profundos sentimientos de solidaridad. Pobres abandonados a su suerte, sobre los que la mentira religiosa ya no tenía influencia, aún impregnados del sentido comunitario: indiscutiblemente, un gran peligro social.

Este estado de cosas alcanzaba su expresión máxima en Andalucía. Hacia 1780, el conde de Campomanes, encargado de elaborar un informe con vistas a una reforma que nadie se atrevió nunca a realizar, escribía:

En Andalucía, casi todos los habitantes son simples jornaleros que no tienen más que un empleo temporal y precario, y viven el resto del año en la miseria, sumidos

en una ociosidad forzada. Sus mujeres y sus hijos no tienen ningún trabajo y todos, hacinándose en las ciudades y los pueblos, viven allí de la caridad pública... en un estado de hambruna lamentable sin relación con la fertilidad del suelo, y que ciertamente no se debe a la pereza por su parte.

Los campesinos andaluces habían vegetado hasta entonces en una completa servidumbre, ligados en su mayoría a un latifundio. La burguesía liberal los liberó: pasaron a ser únicamente asalariados formalmente libres. Por primera vez, España pasó del consumo doméstico a la exportación de productos agrícolas. El precio de la tierra aumentó. La condición de los campesinos andaluces empeoró. La confiscación de los bienes comunales y su puesta en venta, legalizadas por las Cortes, privaron a estas personas de los pocos medios que les permitían mejorar su situación cotidiana —en especial, los privaron de sus pastos, de sus derechos de caza y de recogida de leña—. La reforma liberal fue abiertamente impopular entre estos campesinos y jornaleros agrícolas, que vieron cómo por todas partes las grandes propiedades crecían a su costa. El número de grandes latifundios aumentó aún más en Andalucía. Casi todas las tierras, y entre ellas las mejores, pasaron a ser propiedad de una clase de nuevos ricos que las explotaron con una codicia implacable desconocida para los grandes propietarios feudales, cuyos derechos sobre la tierra habían sido abolidos en 1813.

En 1853, una ley prohibió a los campesinos que hicieran pastar a sus animales en los terrenos baldíos y en las tierras en barbecho privadas durante el invierno, lo que hasta entonces había constituido una de las bases del sistema agrario andaluz. En 1855 se completó la liberación de las propiedades feudales y eclesiásticas, asegurando definitivamente el libre mercado de la tierra. La producción ya no estaba destinada a garantizar la subsistencia regional o nacional, sino a alimentar los intercambios internacionales. Una buena parte de las tierras se destinaba únicamente a la ganadería, o incluso se dejaba en barbecho según la evolución del mercado exterior.

Tres cuartas partes de la población estaban compuestas por labradores sin tierra, de jornaleros, contratados por día, por mes o por temporada. Se agrupaban en pueblos aislados, de calles desiertas, perdidos en una campiña árida. Estaban, lisa y llanamente, abandonados allí: trabajaban por salarios irrisorios y una comida de presidio cuando la temporada ofrecía trabajo; fuera de temporada no les quedaba para comer más que piedras.

La rebelión del siervo andaluz había adoptado en el siglo XVIII la forma de un bandolerismo generalizado e imposible de controlar, que afectaba a los elementos más activos del campesinado.

La población se identificaba colectivamente con la figura mítica del bandido social: «roba a los ricos, ayuda a los pobres y no mata a nadie», se decía de Diego Co-

rrientes, que fue su mejor encarnación. Para la opinión popular, Diego Corrientes (1757-1781), el bandido de gran corazón de Andalucía, era semejante a Cristo: fue traicionado, entregado en Sevilla un domingo, juzgado en marzo un viernes, aunque no había matado a nadie».⁴

De igual modo se alababa el *espíritu de justicia* en las acciones que llevó a cabo José María El Tempranillo, desde las sierras andaluzas (1805-1833), y a quien las autoridades acabaron por dejar en paz. La práctica del contrabando también era habitual, y los pobres solían considerarla una actividad perfectamente honorable. La liberalización del comercio y la creación en 1844 de la Guardia Civil en los pueblos debían poner fin a estas prácticas.

Los braceros hambrientos comenzaron entonces a levantarse en revueltas campesinas casi incesantes durante los años 40, que alcanzaron su punto culminante con el vacío de poder. Entre cada revuelta, era la lucha silenciosa entre empleador y obrero: uno intentando reducir el salario al mínimo y el otro hacer lo menos posible.

Pero como tantos de los suyos están sin ocupación, para ellos es un punto de honor trabajar lo menos posible. Son también perfectamente conscientes de la manera en que se les explota. Quien no conozca estas ciudades

4. Eric Hobsbawm. *Los bandidos*.

no puede imaginar el clima de odio que reina entre las distintas clases: odio del agricultor hacia el propietario, odio del obrero hacia el patrón.⁵

Un proverbio popular dice:

En el viaje de la vida, van los ricos a caballo, los caballeros, a pata, y los pobres arrastrando.

Los puertos son lugares estratégicos. Las ideas de Charles Fourier penetraron en España por Cádiz, y las de Étienne Cabet desembarcaron en Barcelona.

Y desde entonces, Andalucía y Cataluña han sido los ejes del movimiento obrero español.

En Andalucía, las ideas de 1789 se infiltraron en la pequeña burguesía urbana, que tuvo que añadirles la reivindicación del reparto para ganarse a la masa de los pobres.⁶ En 1861 se produjo el motín más importante de este período ambiguo, en los límites entre las provincias de Córdoba y Granada.

Sociedades secretas de tipo carbonario, integra-

5. Brenan. *op. cit.*

6. Distribución igualitaria de la tierra.

das por pequeños propietarios, comerciantes y miembros de las profesiones liberales, hacían propaganda republicana entre los campesinos, haciéndoles creer que la llegada de la República sería el medio para obtener el reparto. Por iniciativa de un veterinario de Loja, Pérez del Álamo, se organizó una insurrección —con armas, municiones, víveres e incluso material para equipar una banda de música—. El 28 de junio, don Rafael Pérez del Álamo entró en la ciudad de Iznájar al frente de ochocientos hombres al grito de: «¡Viva la República, muerte a la reina! ».

Todos los campesinos de los alrededores se unieron al movimiento y al día siguiente la ciudad de Loja fue tomada. Se constituyó un gobierno, respaldado por una fuerza de veinte mil hombres, de los cuales la mitad estaban armados. Las autoridades hicieron rodear la zona ocupada. Las demás provincias no se movilizaron y los dirigentes de la insurrección, al verse aislados, decidieron la retirada y la disolución del ejército rebelde. Esta operación se llevó a cabo a tiempo para evitar una sangrienta represión.

Lo que resultó destacable en esta insurrección, y que volvería a verse en las de 1868, fue la diferencia entre los instigadores, que se proponían abolir la monarquía e instaurar la República, y los campesinos, que vieron en ella la oportunidad de hacer realidad sus aspiraciones igualitarias y poner fin al poder de los caciques.

Movimientos análogos tuvieron lugar en toda Andalucía, en 1868 y 1869, en Alcolea, Montoro, Málaga, Sevilla, Puerto de Santa María y Cádiz. En Cádiz, una junta revolucionaria ejerció el poder durante algunos días, después de derrotar a las primeras tropas regulares. En algunos pueblos de la baja Andalucía se procedió al reparto de tierras. El nuevo gobierno instaurado en Madrid se apresuró a desarmar a los Voluntarios de la Libertad y a disolver las juntas revolucionarias locales.

Cinco años de crisis política siguieron a estos acontecimientos, al término de los cuales los pobres se alejaron de las ideas democráticas de la burguesía.

La Internacional se estableció en España en 1868: la tarea recayó en el honorable Fanelli, a quien Bakunin había enviado a predicar la buena nueva. Traía consigo las ideas que todos esperaban en España. Las expuso primero ante un pequeño grupo de jóvenes tipógrafos de Madrid y después en Barcelona, y eso bastó para desencadenar el contagio.

El entusiasmo despertado por Fanelli no decayó tras su partida. Los testigos de aquellas maravillosas revelaciones estudiaron los textos que les había dejado y, al cabo de unas semanas, se sintieron preparados para celebrar reuniones de propaganda. El entusiasmo se propagó rápidamente.

La buena nueva fue llevada a Andalucía, donde se

formaron grupos en Lora del Río, Arahal y Arcos de la Frontera, en la provincia de Sevilla, entre los organizadores de las nuevas cooperativas de consumo; posteriormente también en Cádiz y en las pequeñas localidades de la cuenca baja del Guadalquivir. Hubo miles de adeptos. Quienes habían asistido a aquellas reuniones regresaban con la sensación de haber alcanzado una comprensión clara de las cosas y de poseer la verdad sobre todo. De ello extraían una confianza ilimitada en sí mismos.⁷

En junio de 1870 tuvo lugar en Barcelona el primer congreso de la Internacional española: «Deseamos ver llegar el fin del reinado del capital, del Estado y de la Iglesia y, sobre sus ruinas, queremos construir la anarquía, libre federación de asociaciones libres que agrupen a trabajadores libres», declaró Farga Pellicer en el discurso de apertura.

En realidad, se trataba de federaciones locales que se asociaban para constituir la Federación Regional Española —FRE—, representada por un Consejo Central. El propio nombre del movimiento bastaba para subrayar su carácter internacionalista y no patriótico.

En el momento de la escisión de 1872, durante el Congreso de La Haya, los delegados de la FRE rechaza-

7. Brenan. *op. cit.*

ron las resoluciones de la mayoría y se alinearon con las posiciones bakuninistas. «La destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado» pasó a ser desde entonces su principio de acción.

Los internacionalistas de la región española se negaban a hacer la menor concesión al principio del Estado, rechazando entablar cualquier tipo de lucha en el terreno de la democracia política: la revolución era concebida claramente como una transformación social. Esta debía ser al mismo tiempo total e inminente.

Un manifiesto dirigido a los obreros de la región de Córdoba, lanzado por un grupo local de internacionalistas —los primeros grupos estuvieron compuestos principalmente por artesanos o maestros; en definitiva, personas que sabían leer y escribir— durante el verano de 1871, marcaba el tono:

[...] Nosotros, obreros de la inteligencia, debemos alzar nuestra voz, siempre fraterna, y dirigirnos a nuestros hermanos, los obreros del trabajo material, incitándolos a despertar del sueño en el que se hallan sumidos, para hacerles comprender que ha sonado la hora de la redención social.

La proclamación de la República en febrero de 1873 dio lugar a estallidos insurreccionales de campesinos y obreros en varios puntos de Andalucía. En Montilla, grupos

armados invadieron las calles al grito de: «¡Ha sonado la hora de la venganza!». El diario cordobés *La Crónica* escribía el 14 de febrero: «Los amotinados no querían ni jefes ni autoridad de ningún tipo». Los matones del Partido Conservador fueron perseguidos sin piedad y su jefe, Antonio Polonio, fue masacrado. La Guardia Civil se atrincheró en su cuartel y evitó cuidadosamente salir de él.

Las casas de los ricos fueron ocupadas y saqueadas, y todas las armas fueron confiscadas. Las reservas de petróleo requisadas *en nombre de la Revolución* sirvieron para incendiar todo aquello que representaba la riqueza y la autoridad. La casa del alcalde fue asaltada, la bodega vaciada en el acto y el aceite de oliva derramado se utilizó para avivar el incendio.

Todos los hombres ricos de la ciudad fueron ejecutados. La noche se convirtió en una orgía de venganza. Todo representante de la autoridad que caía en manos de los amotinados, ebrios de vino y de furia, era asesinado sin más juicio ni trámite; sus casas y los edificios administrativos eran destruidos por el fuego. Los saqueos continuaron al día siguiente.

La tropa enviada desde Córdoba no tuvo ninguna dificultad para recuperar la ciudad, ya que el excelente vino de Montilla, cuyo grado alcohólico oscila entre los 18 y los 20 grados, había acabado con las energías de los amotinados.

La insurrección fue totalmente negadora. Aun-

que la propaganda de la Internacional comenzaba a difundirse por la región, los elementos bakuninistas no desempeñaron ningún papel en el desencadenamiento de la revuelta, que fue puramente espontánea.

Se trató de una venganza total: todo aquello que recordaba a la política, incluso la republicana, fue destruido. «Yo le he volado la cabeza a un rico»; «Yo he matado al más rico de Montilla»; «Ahora nosotros somos los dueños: los ricos están a los pies de los capotillos —vestimenta de los campesinos—». Tales fueron las frases que se intercambiaron durante aquella hermosa noche sin sueño.

En febrero de 1873 fue proclamada la Primera República. La actitud de los proletarios consistió en imponerle reivindicaciones que llevaban mucho tiempo pendientes, conscientes de que no podría mantenerse mucho tiempo sin asegurarse su alianza.

En Barcelona se produjeron huelgas para reclamar la reducción de la jornada laboral. En Andalucía, Extremadura y Castilla tuvieron lugar ocupaciones masivas de tierras. Pero la política de la República, basada en un *statu quo* insostenible, terminó por revelar su verdadera naturaleza: las juntas revolucionarias fueron desarmadas y se restablecieron los antiguos ayuntamientos dominados por los caciques.

En las elecciones de primavera predominó la abstención: un 60 % en las provincias del sur y un 80 % en Cataluña, alentada por los internacionalistas —algo que

Engels les reprocharía posteriormente, de forma bastante dura, en el folleto *Los bakuninistas en acción*—.

Los pobres de España siempre han sabido mostrar la más serena indiferencia hacia la política. Esa esfera de actividad les resultaba ajena, puesto que tenían la convicción, forjada a través de una experiencia secular, de que en ella solo se trataban cuestiones completamente alejadas de sus preocupaciones.

Los internacionalistas tenían cosas más importantes que hacer que preocuparse por las elecciones.

El 8 de julio de 1873 estalló una huelga en Alcoy, pequeña ciudad industrial situada entre Valencia y Alicante. Allí había instalado también la FRE su comisión federal.

La huelga se transformó en un motín ante la negativa de los patronos a atender las reivindicaciones.

El alcalde y algunos otros personajes influyentes de la localidad fueron asesinados, y las fábricas y las casas burguesas incendiadas.

Se creó un Comité de Salvación Pública, presidido por el internacionalista Albarracín. La insurrección fue reprimida el 13 de julio, pero dio la señal de inicio a una serie de sublevaciones en Cartagena, Valencia y Cádiz, impulsadas por burgueses anticlericales que pretendían afirmar la autonomía de sus ciudades frente al Estado central: fue el llamado movimiento cantonalista.

Los pobres apenas participaron en él y solo de manera muy indirecta, pero la represión amalgamó

oportunamente a burgueses radicales e internacionalistas. El 2 de enero de 1874, el ejército tomó el poder en Madrid y disolvió la FRE.

El éxito que alcanzó la propaganda anarquista en Andalucía durante los años 70 fue, evidentemente, una reacción de rechazo absoluto frente a la introducción de las relaciones sociales y jurídicas del capitalismo en estas zonas rurales. Las ideas del anarquismo tomaron el relevo directo de la antigua fe católica, en el momento en que la Iglesia se había alineado de forma irrevocable con el bando de los opresores.

En Andalucía, las tendencias profundas del anarquismo debían exacerbarse hasta adoptar la forma de una creencia milenarista en estado puro. La integración de los últimos bandoleros en el sistema latifundista, a finales de los años 60, cuando los propietarios los habían convertido en hombres de confianza o ejecutores a su servicio, había dejado un vacío en la protesta de los pobres y en los mitos de los que esta se alimentaba.

El anarquismo llenó ese vacío. Los jornaleros se hicieron todos anarquistas; a quienes no compartían este nuevo espíritu de las comunidades andaluzas les estaba reservado, en ocasiones, el destino que veremos más adelante.

Largos periodos de letargo se veían sacudidos de repente por bruscos accesos de fiebre. Díaz del Moral, que vivió en estas regiones, dejó una elocuente descripción de esta situación:

Aislado, solitario, sin puertas ni ventanas, como se dice allí, el andaluz no tiene otras perspectivas que las de su horizonte individual. La población está resignada, sometida, indiferente a su propio sufrimiento... Pero en ese estado habitual de división subsiste, en el espíritu de la multitud, el sentimiento profundo de su unidad originaria. Las injusticias van acumulando los resentimientos y elevando la intensidad de la vida afectiva, hasta que un día, ante el choque emocional que se desarrolla con furia, estalla la pasión ardiente; la masa se convierte en pueblo, el rebaño se transforma en un ser colectivo; el egoísmo, el interés privado y las preocupaciones personales desaparecen; las voluntades individuales se funden y se trascienden en la voluntad general, y esa nueva personalidad, electrizada y vibrante, se dirige recta hacia su objetivo, como la flecha hacia el centro de la diana y como el torrente que arrastra todo aquello que se opone a su paso... Pero el entusiasmo pronto es seguido por el abatimiento; el esfuerzo consume rápidamente las energías acumuladas; las aguas vuelven a su nivel habitual y regresan, humildes y serenas, a sus antiguos cauces.⁸

El movimiento anarquista, tras siete años de existen-

8. *Historia de las agitaciones campesinas en Andalucía*. (La obra se refiere esencialmente a la provincia de Córdoba).

cia clandestina, reapareció públicamente en 1881 bajo el nombre de Federación de Trabajadores de la Región Española. Durante este período, se dio prioridad a la propaganda por el hecho, impulsada por los madrileños y los andaluces. El anarquismo que se había desarrollado en las zonas rurales del sur era muy distinto del de Barcelona.

Los catalanes eran entonces reformistas y defendían una lucha sindical dentro del marco legal. Los andaluces, más desfavorecidos y, por tanto, contrarios a cualquier idea de caja de resistencia para las huelgas, eran partidarios de huelgas cortas, violentas y acompañadas de sabotajes. En la baja Andalucía, en particular, el descontento venía gestándose desde 1876: se multiplicaban los incendios de viñedos y cosechas, las talas ilegales de madera, los robos de ganado y los asesinatos.

La comisión federal de la FTRE había aprobado entonces estos actos espontáneos en un manifiesto *a los trabajadores del campo de Andalucía*. Pero en 1881, la corriente partidaria de una existencia legal, que pretendía aprovechar la tolerancia de las autoridades, comenzó a ganar fuerza. El congreso de Sevilla, en 1882, donde los andaluces representaban por sí solos el 60 % de las secciones regionales de la FTRE, adoptó una fórmula de compromiso.

La resolución final exigía la abolición del trabajo *a destajo*, una vieja reivindicación de los jornaleros andaluces, pero también daba cabida a las posiciones legalistas de los catalanes. Los andaluces expresaron su

desacuerdo, manteniendo el programa de los años de clandestinidad: hubo expulsiones aquí y allá. Los grupos organizados como sociedades secretas proliferaban.

A comienzos de 1883 estalló el asunto de *La Mano Negra*. Las autoridades afirmaron, tras el descubrimiento del cadáver de un obrero *blanco*, la existencia de una vasta conspiración destinada a exterminar a todos los propietarios de la región, dirigida por una secta llamada *La Mano Negra*, que se atribuía el derecho de juzgar y eliminar a los traidores a la Internacional. El juicio tuvo lugar en mayo y concluyó con siete condenas a muerte y ocho penas de trabajos forzados: tres de los condenados eran responsables regionales de la FTRE.

No solo las demás secciones regionales no mostraron ninguna solidaridad con los condenados, sino que la comisión federal cambió de postura y advirtió a los trabajadores afiliados a la Federación contra los *perturbadores*, considerando que los robos y saqueos seguían siendo métodos incompatibles con su acción.

La versión oficial de los dirigentes anarquistas consistió siempre en denunciar una provocación organizada por las autoridades, al tiempo que culpaban, de forma más o menos abierta, a los disidentes de la baja Andalucía.

Sin embargo, la prensa anarquista extremista glorificó *los actos heroicos de los hermanos andaluces*, haciendo referencia concreta a las acciones de 1883, mientras

que el congreso de Valencia de ese mismo año rechazó este tipo de actividad.

Evidentemente, este asunto catalizó entre los anarquistas una profunda divergencia entre quienes se esforzaban por mantener una táctica organizativa y federalista y quienes, influidos por el anarquismo europeo, defendían la acción violenta, la propaganda por el hecho y trataban de multiplicar sectas de tipo carbonario.

También parece que los anarquistas de la baja Andalucía —Cádiz— tuvieron que celebrar otro congreso después del de Sevilla de 1882, donde no habían podido expresar su tendencia radical. Allí apoyaron deliberadamente las acciones de *La Mano Negra*; resulta evidente que tuvieron alguna implicación en ellas. Las organizaciones anarquistas de Cádiz estaban estructuradas siguiendo el modelo de sociedades secretas.

En 1892, en la época de los acontecimientos de Jerez, se publicó un panfleto anónimo en el que se justificaba el asesinato de varios campesinos «que, aunque no eran ni ricos ni funcionarios, eran *manos blancas*». —Manos blancas: quienes no querían tomar partido, no querían implicarse—.

Moral relata que con frecuencia campesinos andaluces considerados delatores por los anarquistas eran ejecutados por estos últimos —según el testimonio oral de un anarquista de Cádiz—. Lo que también parece cierto, según Moral, es que bajo el nombre de *La Mano Negra*

se ajustaron cuentas privadas en las que esta organización no tenía nada que ver; pero, sobre todo, las autoridades locales, impulsadas por el terror ante el avance del anarquismo, llevaron a cabo toda una serie de ejecuciones sumarias utilizando esa firma. Esto les permitió sembrar confusión y desmoralización entre los campesinos, además de acusar y eliminar a anarquistas.

La clase dominante supo así sacar el máximo partido del carácter sectario de las organizaciones anarquistas, que se prestaban a este tipo de provocaciones. Sin embargo, las actuaciones de *La Mano Negra* tenían su propia lógica: las *manos blancas* se habían excluido de la comunidad de jornaleros anarquistas y, peor aún, atentaban contra su cohesión y su espíritu; por tanto, había que eliminarlas, sobre todo si sabían demasiado. Además, dado que el enemigo no hacía concesiones, estaba fuera de cuestión hacerlas a quienes pactaban con él.⁹

9. En muchos pueblos andaluces existía un código muy estricto de *omertá*; por ejemplo, en Benamejía, plaza fuerte anarquista, «pueblo tristemente célebre cuyos ciudadanos practicaban en gran número antiguamente el contrabando», donde los bandoleros habían extorsionado durante mucho tiempo a las casas ricas, y del que se decía que ningún crimen era castigado por el Estado porque nadie hablaba. Iznájar, otro bastión revolucionario, también era famoso por su código de *omertá*, según Julián de Zugasti, antiguo responsable del mantenimiento del

Este asunto turbio marcó el fin de la FTRE: en octubre de 1883, esta condenó de forma inequívoca los actos criminales, rechazando cualquier vínculo entre bandolerismo y acción revolucionaria.

Varios grupos de andaluces, como Los Desheredados, compuestos sobre todo por obreros de los viñedos de Jerez y Arcos de la Frontera, se escindieron, aureolados por el prestigio de sus mártires.

Querían *violentar la Revolución*. Fundaron varios periódicos y, a finales de 1884, estaban implantados en treinta y tres localidades, de las cuales veinticinco en Andalucía.

El proceso de Jerez no había apagado el ardor de los campesinos: en el verano de 1883, una huelga general de los segadores para la abolición del destajo, justo cuando la cosecha se anunciaba excelente, volvió a provocar el pánico. El Estado hizo intervenir al ejército, poniendo

orden, en un libro *El bandolerismo*, citado por Hobsbawm en *Rebeldes primitivos...* Es probable que las ejecuciones cometidas por *La Mano Negra* tuvieran lugar en ese contexto. También es probable que nunca haya existido un grupo o sociedad secreta que se denominara Mano Negra; ese nombre habría servido para designar un conjunto de actos y de sectas sin nombre.

En conjunto, todos los procesos contra los anarquistas andaluces en el asunto de *La Mano Negra* se saldaron con 300 condenas al presidio.

soldados y maquinaria a disposición de los propietarios para romper la huelga; lo que bastó, por otra parte, para demostrar el carácter ilusorio del legalismo catalán en Andalucía. En cuanto a la FTRE, que no había dejado de debilitarse desde el 83, dio paso en 1888 a la Organización Anarquista de España, donde las tendencias extremistas volvieron a imponerse.

La primera huelga general campesina estalló en 1892 en Jerez de la Frontera. Cuatro mil jornaleros, débilmente armados, invadieron la ciudad gritando: «¡Viva la anarquía! ¡No podemos esperar más! ¡Viva la revolución!». Intentaron en vano asaltar la prisión y luego se dispersaron con la llegada de los refuerzos de la Guardia Civil, no sin antes haber matado a algunos burgueses que se encontraban por las calles.

Hubo una nueva serie de condenas: cuatro fueron ejecutados y una veintena enviados al penal; entre ellos, Fermín Salvochea, acusado de haber inspirado aquella insurrección, aunque se encontraba encarcelado en el momento de los hechos. Salvochea estaba entonces intentando reagrupar las fuerzas dispersas del anarquismo andaluz desde su regreso del exilio en 1886: cualquier pretexto servía para deshacerse de él.

Al año siguiente estalló otra huelga durante el periodo de la cosecha, esta vez contra la insuficiencia de los salarios. Fue derrotada mediante el reclutamiento de esquiroles procedentes de las zonas montañosas, protegidos por las tropas.

El anarquismo español fue un movimiento que fundamentaba su proyecto en una resurrección espiritual, rechazando al mismo tiempo tanto la opulencia burguesa como la disciplina del trabajo asalariado. Este movimiento rechazaba también toda idea de una autoridad exterior al individuo, comenzando por la propia idea de Dios.

Al mismo tiempo, el individuo solo podía alcanzar la libertad mediante su participación plena y total en la comunidad. La base de esta era, ante todo, la comunidad rural o aldeana —en ese sentido, llevó hasta el extremo las tendencias del movimiento cantonalista—. Mijaíl Bakunin, gracias a su intuición, era capaz de captar las aspiraciones más profundas de los *trabajadores y oprimidos de la tierra*.

Su convicción colectivista provenía de su conocimiento de las comunidades agrarias que aún existían en Rusia. Concebía la revolución como una inmensa revuelta campesina (*jacquerie*), dentro de la tradición de las rebeliones medievales y de los levantamientos de los siervos rusos del siglo XVIII.¹⁰ Su concepción de la liber-

10. Hablando hacia 1873 del fracaso de la insurrección de Barcelona del año anterior, Mijail Bakunin dijo a un amigo ruso que el error de los revolucionarios había sido no prender fuego al ayuntamiento. «Era la primera cosa que había que hacer en toda revuelta, y la descuidaron», dijo animándose. Solo a

tad no tenía nada de jurídica o política: al contrario, consideraba la concepción burguesa de la libertad por lo que realmente es, una abstracción del individuo y de su especie («Soy un amante fanático de la libertad (...) no de esa libertad puramente formal, concedida, medida y reglamentada por el Estado, mentira eterna que en realidad nunca representa otra cosa que el privilegio de unos po-

raíz de aquella conversación comprendí la importancia que Bakunin concedía a esa *primera cosa*. Según él, la destrucción del ayuntamiento, depositario de documentos y actas oficiales, debía provocar el desorden y el caos en la clase dominante. «Muchos privilegios y derechos de propiedad descansan sobre tal o cual documento oficial —decía—; una vez destruidos estos, el retorno completo al antiguo orden de las cosas sería más difícil». Desarrollando su tesis, Bakunin señaló un hecho que, según él, era muy significativo: en todas las revueltas, el pueblo se lanza primero contra las instituciones oficiales —las distintas oficinas, los tribunales, los archivos—, y recordó la revuelta de Yemelyan Pugachev, cuando la multitud rebelde rasgaba con furia y destruía todos los documentos oficiales. Pues, decía, el pueblo había comprendido instintivamente el mal del *régimen de los papeles* y se esforzaba por destruirlo». (Correspondencia de Mijail Bakunin, carta a Alexander Herzen y Nikolay Ogarev, 1860-1874). La última frase lo resume todo: el instinto. Bakunin no era ni un teórico ni un organizador, sino un revolucionario que solo confiaba en el instinto.

cos fundado sobre la esclavitud de todo el mundo; no de esa libertad individualista, egoísta, mezquina y ficticia, defendida por la escuela de J. J. Rousseau, así como por todas las demás escuelas del liberalismo burgués, y que considera el supuesto derecho de todos, representado por el Estado, como el límite del derecho de cada uno, lo que conduce necesaria y constantemente a la reducción del derecho de cada uno a cero»).

Mientras que en los países industrializados las corrientes surgidas del socialismo entraban en el trapiqueo parlamentario, y las revueltas obreras eran domesticadas por el sindicalismo (tradeunionismo), el anarquismo rechazaba cualquier compromiso con el orden establecido. Nadie mejor que Mijail Bakunin supo expresar esta exigencia única, esta aspiración apremiante, con tanta fuerza y convicción: por eso sus ideas fueron tan bien acogidas entre los pobres de la región española.

No se encuentra en él una crítica desarrollada del mundo moderno, del capitalismo industrial y del trabajo asalariado: sus escritos no son utilizables desde esa perspectiva. El pensamiento de Bakunin se sitúa en el tránsito de un mundo a otro. Sus profecías sobre España y Rusia, los únicos países de Europa donde percibía una revolución posible, ¿no acabarían haciéndose realidad en el siglo xx? En Andalucía, estas ideas habían permitido establecer un vínculo entre el tradicional bandolerismo social, que se hallaba en vías de desaparición, y las

formas de protesta que respondían a la opresión combinada de los grandes propietarios de tierras y del Estado central. El carácter profético del anarquismo en las zonas rurales andaluzas era innegable.

Todo el movimiento estaba orientado a la propagación de la verdad por quienes la habían adquirido, y su primera manifestación era una predicación incesante que despertaba la apasionada atención de todos. Los Obreros conscientes eran sus apóstoles. No eran, propiamente hablando, organizadores, sino propagandistas. Eran *los que tienen ideas*, como se decía de ellos en los pueblos: algunos recorrían incansablemente el país difundiendo la buena nueva o, si se trataba de autodidactas consolidados, abriendo escuelas libertarias.

La mayoría se limitaba a integrarse plenamente en la vida de su pueblo, donde ejercían una enorme influencia. Aquellos hombres excepcionales que habían llevado *la Idea* a sus compañeros, a menudo analfabetos; que les leían libros y periódicos; que les habían abierto horizontes infinitos; que los habían sacado de la desesperación secular del hambre, gozaban de la confianza ciega de todos.

Eran aún más respetados porque, por lo general, llevaban una vida frugal: no bebían, no fumaban, no jugaban ni a los dados ni a las cartas, y jamás pronunciaban la palabra *Dios*. Escribían textos para la prensa anarquista —más frecuentemente eran pequeños artesanos o campesinos que jornaleros—.

Desde el momento en que habían descubierto la verdad y roto todo vínculo con las cosas de este mundo —incluso las más triviales—, se entregaban en cuerpo y alma a esta tarea: desarrollar los argumentos a favor de la verdad y crear ese sentimiento de solidaridad que hacía que el jornalero andaluz se sintiera parte de una misma comunidad junto a sus hermanos de otros países del mundo.

El rasgo esencial del anarquismo andaluz era la creencia en la llegada de una Edad de Oro. Toda nueva efervescencia, toda huelga, era vivida como el anuncio de esa inminente Edad de Oro en la que todos los hombres serían libres e iguales. Nadie tenía una idea definida sobre los medios para asegurar ese cambio, más allá de la confiscación de las tierras y la quema de iglesias; algo que, dentro de los límites del pueblo, ya constituía un importante paso de hecho hacia la nueva Edad.

Se esperaba *el momento* con impaciencia. Las revueltas estallaban siempre siguiendo un ciclo aproximado de diez años, con motivo de algún acontecimiento local o ante el anuncio de una conmoción exterior —como ocurrió en 1918, cuando se conoció la explosión revolucionaria rusa—.

Nos quedaríamos cortos si dijéramos que se trataba de una ruptura con el pensamiento materialista vulgar que servía de base a la socialdemocracia europea: el anarquismo español era sencillamente ajeno a esta for-

ma de pensar, cuyas preocupaciones reformistas le traían sin cuidado. Los anarquistas rechazaban la instauración del sistema capitalista moderno. Rechazaban también la lógica del trabajo fabril, con lo que expresaban muy bien la aversión secular de los españoles hacia el trabajo militarizado en las empresas modernas y su absoluto desdén por la noción de *productividad*.

El anarquismo manifestaba mejor la resistencia profunda de los pobres al espíritu laborioso y competitivo del capitalismo. La mentalidad de los hombres de negocios y el afán de lucro eran considerados como estados de ánimo absolutamente nocivos, y el argumento del progreso técnico no daba ni frío ni calor. No se encuentra en el anarquismo español esa exaltación morbosa del trabajo que en Inglaterra, en Alemania o en Francia dominó la ideología del movimiento obrero europeo en vías de integración política y social. El anarquismo español es una doctrina ascética que sitúa la vida del espíritu por encima de las contingencias materiales, y sabe que esta solo se despliega más allá del trabajo: de ahí las frequentísimas reivindicaciones del tiempo libre considerado como el bien máspreciado.

El milagro que debía precipitar el advenimiento de la Edad de Oro era la huelga general, pero en su impaciencia los campesinos desencadenaban sin ninguna coordinación entre los pueblos. Los *obreros conscientes* no se ocupaban de asegurar semejante coordinación, pues

consideraban que desde el momento en que el pueblo había declarado la huelga eso bastaba, ¡la verdad estaba con ellos! En un principio, los huelguistas reclamaban con mayor frecuencia la reducción de las horas de trabajo que aumentos de salario. En los latifundios luchaban por la abolición del trabajo a destajo; los jornaleros trabajaban tal mal que los propietarios consideraban que no podían pagarles un salario decente: como respuesta, no obtenían más que un trabajo de peor calidad, semejante al de los siervos de antaño. La resistencia a la explotación se plas-maba en to no a la cuestión del tiempo y no alrededor de un hipotético aumento del sueldo.

La noción de *nivel de vida*, esa ignominia propia del pensamiento económico moderno, era completamente ajena a aquella gente. Moral decía que las huelgas en Andalucía eran *mesíánicas*: pretendían servir de ejemplo y extenderse de manera generalizada. Su éxito se basaba en la comunicación, es decir, en el reconocimiento por parte de todos los demás oprimidos de *la Idea*, de la verdad.

La huelga se vivía como el mejor medio para acelerar la llegada del Milenio: por lo general era espontánea y muy sólida. Arrastraba la adhesión de todos en la zona donde estallaba; el desenlace dependía después de su propagación o de su aislamiento. En las huelgas de comienzos del siglo xx, nadie presentaba reivindicaciones ni intentaba abrir negociaciones. Y si se planteaban rei-

vindicaciones, estas eran inaceptables. Durante la huelga general de Córdoba de 1903, los obreros pidieron siete horas y media de descanso en una jornada laboral de ocho horas.

De 1901 a 1903, hubo oleadas de huelgas generales en dieciséis pueblos en la provincia de Cádiz.

En la provincia de Sevilla, en Morón, en 1902, treinta mil jornaleros agrícolas se declararon en huelga, seguidos por el resto de trabajadores. Exigían el reparto de tierras. La huelga fue sofocada por la llegada de la Guardia Civil.

En aquellos años reinaba una extraordinaria efervescencia en el campo andaluz. Los núcleos anarquistas reorganizados en los años anteriores mantenían una actividad propagandística constante; la mayoría de sus impulsores eran supervivientes de la época de *La Mano Negra*. El credo anarquista volvió a difundirse a una velocidad fulgurante. En pocas semanas, pequeños núcleos iniciales de una decena de personas pasaban a contar con varios centenares.

Todas las conversaciones cotidianas dejaban paso a una sola: la cuestión social. Durante las pausas en el campo se leía sin descanso. La sed de conocimiento era insaciable. El número de periódicos era increíble, a pesar de que alrededor del 80 % de la población no sabía leer. Quienes sí sabían leían en voz alta para los demás, que aprendían de memoria los artículos que más les gustaban.

Los periódicos favoritos eran *Tierra y Libertad*, *El Corsario*, *El Rebelde*, *La Anarquía*, etc. Se devoraban las obras de Bakunin, Kropotkin, Malatesta, Grave, Faure...

En abril de 1903 estalló la huelga en Córdoba. En esta gran ciudad había un elevado número de jornaleros en paro. Las sociedades obreras, impulsadas por los anarquistas, organizaron una concentración el 11 de abril en Córdoba. Allí se pronunciaron discursos extremadamente violentos:

¡Si no nos dan lo que queremos, Córdoba arderá mañana!
¡Mañana, cuando veas los fusiles, no tiembles; si la burguesía tiene fusiles, nosotros tenemos dinamita!

El día 17 la huelga ya era general y las calles se llenaron de una multitud que obligó a oficinas, comercios, fábricas, institutos, periódicos y bancos a cesar toda actividad. La policía cargó contra la multitud y desde entre los huelguistas se hicieron disparos. Se decretó el estado de sitio, que se aplicó al día siguiente tras una jornada de violentos enfrentamientos en las barricadas.

Con la huelga general, la sociedad dejaba de funcionar y la fortaleza capitalista se disolvería por sí sola: el gran día estaba cerca. Todos estaban convencidos entonces de que Andalucía, España y el mundo estaban socavados desde dentro; solo se esperaba la señal.

Este estado de ánimo explicaba el rumbo que to-

maban las huelgas y su estallido inesperado. Los pueblos en huelga solían permanecer tranquilos, las tabernas estaban vacías, salvo, por supuesto, cuando intervenía la policía. La gente ensayaba, en cierto modo, la sociedad paradisiaca.

La esperanza de un triunfo inmediato rompía vínculos y afectos, borraba disputas, sustituía tradiciones y costumbres, y barría los reflejos de sumisión arraigados durante siglos. Los anarquistas andaluces condenaban el pasado en bloque: todo aquello que hubiera podido moldear el espíritu del andaluz tradicional debía ser rechazado.

Los movimientos tenían un carácter completamente utópico, de una simplicidad absoluta: bastaba con repartir las riquezas de la tierra de manera igualitaria. Muchos ni siquiera pensaban que los ricos pudieran oponerse a esa voluntad general. Estaban realmente convencidos de que su plan triunfaría.

El 5 de mayo de 1903 se declaró la huelga general en Bujalance. Todos los campesinos dejaron de trabajar, seguidos muy pronto por el conjunto de la población trabajadora. Los huelguistas no reclamaban nada ni intentaban negociar. Para calmarlos, las autoridades les concedieron una pequeña subida salarial. Las pocas reivindicaciones que se planteaban se formulaban de tal manera que no pudieran satisfacerse: lo importante era, sobre todo, que la huelga se extendiera.

Los trabajadores permanecían en sus casas, ya no iban al café ni merodeaban por las calles. Las consignas del Centro Obrero se seguían al pie de la letra. Cuando el hambre comenzó a golpear a los más pobres, se organizó un sistema de ayuda mutua.

Al cabo de catorce días, al ver que la revolución no había estallado en toda Andalucía, el trabajo se reanudó como si no hubiera ocurrido nada. Sin embargo, los movimientos huelguísticos continuaron de pueblo en pueblo, allí donde la propaganda había logrado llegar. El 19 de junio, en Cabra, los jornaleros desocupados obligaron a todo el mundo a dejar de trabajar.

En Villafranca, el 2 de julio, la huelga fue general pero completamente pacífica, del mismo tipo que la de Bujalance —circulación de grupos silenciosos, ausencia de alcohol, juegos o peleas...—. En Castro del Río y después en Fernán-Núñez la huelga fue más dura, y posteriormente volvió a estallar en Córdoba.

Los patronos y las autoridades estaban desconcertados ante estas huelgas. El ideal común que compartían todos aquellos huelguistas podía resumirse en la célebre fórmula de la Internacional española: en política, anarquista; en economía, comunista; en religión, ateo.

Las semanas y los meses fueron pasando durante aquel año 1903, pero la anarquía tan deseada no llegaba. Al contrario, los anarquistas más señalados fueron encarcelados y los Centros Obreros clausurados. Sin em-

bargo, aquello no frenó el entusiasmo de los huelguistas. Más bien al contrario: incluso después de las huelgas, la gente seguía profundamente unida y solidaria en torno a un ideal común.

Pero su actitud había cambiado, se había endurecido. La desilusión había engendrado en sus corazones un profundo resentimiento. Comenzó el sabotaje; no solo mediante la ralentización del trabajo, sino también descuidando a los animales y saboteando los instrumentos agrícolas.

En 1904 y 1905 se incendiaron pajares y edificios agrícolas. Intelectuales llegados de lejos quisieron tomar partido por los pobres, pero fueron puestos en su sitio:

[...] Si los intelectuales quieren hacer algo por los obreros, deben unirse a ellos para destruir a la burguesía con dinamita. El problema de los obreros está planteado en términos muy claros: pan y dinamita. ¡Eso es lo único que necesitan!

Durante todo este período, la hostilidad hacia los propietarios no dejó de crecer. En cambio, los patronos cedían con facilidad en cuestiones de salarios o condiciones de trabajo, esperando tiempos mejores. Las autoridades se esforzaban por evitar los conflictos. Y, de hecho, los pobres se reafirmaban cada vez más en su voluntad de acabar con aquella situación.

Los propietarios de tierras se consideraban víctimas de una dictadura. En *El Diario de Córdoba* podía leerse:

El principio de autoridad se ha perdido; ya no existe seguridad personal ni respeto por la propiedad y el trabajo. Vivimos en una anarquía total.

Por otra parte, los obreros de Fernán-Núñez llegaron a crear un periódico con un título muy elocuente: *¡Nuestro turno llegará!*

Las siembras quedaron arrasadas, y las fuentes y los pozos se secaron. Los trabajadores del campo se quedaron sin empleo durante diez meses.

Hubo un breve retorno al fervor religioso y se organizaron procesiones nocturnas en honor a la Virgen María. Pero la gente ya no aceptaba su destino como una fatalidad, cuenta Moral:

[...] la ola de rebelión anterior había expulsado de las almas la resignación cristiana con la que los hombres habían sucumbido en circunstancias semejantes [...]

La negligencia de las ayudas oficiales era evidente. La gente veía claramente que se estaban riendo de ellos.

A mediados de enero de 1905, los trabajadores de Córdoba se reunieron en gran número frente al ayuntamiento reclamando trabajo y, después, fueron a saquear un gran almacén de alimentación.

La revuelta estaba inspirada más por un deseo de lucha que por la propia necesidad.¹¹ En marzo, tras veinte días sin trabajo, la situación empeoró. En Bujalance, Espejo, Fernán-Núñez, Montoro, Palenciana y Puente Genil, los obreros salieron a la calle para reclamar dinero, pero ya nadie invocaba, como antes, el nombre de Dios ni apelaba a la caridad. Se mostraban amenazantes. Al-

II. Los sociólogos siempre han atribuido las sublevaciones andaluzas al hambre. Pero ocurría exactamente lo contrario: el hambre no estaba en el origen de las revueltas, sino en su desenlace, como demuestra la huelga de 1905. «El hambre no produce rebeldes. El hambre debilita, degrada, envilece... ¿Pero subvertir? Jamás. Lo que crea rebeldes es la propaganda, la convicción que tiene el obrero de que aquello que produce es él quien debe consumirlo» (*El obrero consciente*, Acracio Progreso, 1907). Los obreros más activos de Andalucía, todavía hoy, dicen entre ellos que no luchan por el pan, sino por el progreso y el triunfo de su ideal. Cuando hablan del hambre, lo hacen para convertirla en un arma de lucha, para poner a la opinión pública de su lado o para estimular aún más a los sublevados. Moral cita el caso de un motín en un pueblo en 1905: «Los amotinados, aunque nada les impedía hacerlo, y pese a que atacaban algunas tiendas y otros edificios, no se lanzaban sobre los alimentos, ni siquiera los más hambrientos. Solo cuando había regresado una relativa calma se requisaban todos los alimentos y demás bienes, y eran distribuidos por los *obreros conscientes* entre los participantes».

gunos acudían a las propiedades y exigían pan, que se les daba, y dinero, que también se les entregaba. En cuanto los propietarios dejaron de pagar, la ira se volvió contra el ayuntamiento, y se dispararon tiros contra la policía.

En abril y mayo, casi todos los pueblos andaluces estaban agitados. Las peticiones de ayuda llegaban de todas partes. En los pueblos donde existían sociedades obreras estallaban revueltas, motines y manifestaciones tumultuosas.

En Bujalance, los trabajadores hacían inútiles los empleos que se les ofrecían por caridad. En el lugar de trabajo pasaban la mayor parte del tiempo pronunciando largos discursos. El patrón se negaba entonces a pagarles. Y las revueltas volvían a empezar.

Las panaderías eran saqueadas sistemáticamente. Los desempleados impedían trabajar a quienes sí tenían empleo, en nombre de la igualdad. Iban a buscar a los pocos trabajadores que seguían ocupados y, junto a ellos, saqueaban panaderías y tiendas de comestibles.

Se sucedían constantemente manifestaciones de mujeres y niños que incitaban a los hombres a *acabar con los ricos*. En Castro del Río, el 17 de mayo, la población se enfrentó violentamente con la policía. Lo mismo ocurrió en Baena y Montoro.

La represión fue moderada, porque la tensión era extremadamente explosiva. Lo que acabó poniendo fin al movimiento no fue tanto la policía como la desilusión, las discordias y, sobre todo, el hambre.

Solo allí donde los anarquistas eran mayoría — Córdoba, Fernán-Núñez, Castro del Río, Bujalance, Palma del Río y Espejo— los núcleos rebeldes mantenían una actitud combativa. A medida que avanzaba el año, los grupos insurgentes fueron haciéndose cada vez más escasos. Las sociedades obreras reunidas en Córdoba en el Centro Obrero de la calle Fitero, así como las demás organizaciones, acabaron dispersándose. En 1906, el movimiento estaba extinguido.

A pesar de los fracasos sufridos por este movimiento, la oleada de entusiasmo que había impulsado por toda la provincia de Córdoba no desapareció por completo. La calma absoluta que reinó entre 1906 y 1909 no borró sus huellas.

Permanecieron la experiencia de la fuerza irresistible de la solidaridad, las lecciones aprendidas tras las derrotas, las concesiones arrancadas al poder y los núcleos de anarquistas endurecidos que desempeñarían un papel decisivo en 1918.

En 1910 se reconstituyeron aquí y allá nuevas sociedades obreras. Esta labor de reorganización continuó hasta 1913, año en que se creó la Federación Nacional de Agricultores (FNA), que agrupaba sociedades de Cataluña, Levante y Andalucía.

Los temas defendidos por la FNA eran abiertamente libertarios:

- Apertura de escuelas racionalistas.
- No a las cooperativas mutualistas, cajas de resistencia y tribunales de arbitraje.
- Contra la política. Si tenía lugar una revolución política, debía transformarse en revolución social.
- Destrucción de todos los documentos que legitimaban la propiedad, etc.

Pero, salvo algunos estallidos puntuales, como la huelga del verano de 1914 en favor de los desempleados en toda la baja Andalucía —acompañada de incendios y que afectó a doce localidades de los alrededores de Cádiz—, el movimiento social permaneció en un estado de letargo.

La FNA apenas sobrevivía y las sociedades obreras entraban en decadencia. Fueron los anarquistas quienes lograron sostenerlas a duras penas. Grupos de propagandistas itinerantes se encargaban de mantener viva la llama vacilante en los pueblos —uno de estos grupos se hacía llamar Los Incansables—.

También se formaban grupos específicamente anarquistas para tomar el relevo de las sociedades obreras: *Los Afinitarios*, en Bujalance; *Los de la Antorcha*, en Cañete; *Queremos ser libres*, en Montilla; *Los Iconoclastas*, en Córdoba; *Los Amigos*, en Espejo; *Germinal*, en La Rambla; *El Sendero del Porvenir*, en El Carpio; *Hacia la Verdad*, en Fernán-Núñez; *Acracia*, en Castro del Río; y *Los Reaparecidos*, en Palma del Río.

El final de la guerra hizo que la propaganda anarquista, hasta entonces limitada a las zonas rurales y a las grandes ciudades andaluzas, se extendiera a la región minera de Sierra Morena, donde aparecieron nuevos grupos: *Vía Libre*, en Peñarroya; *El Despertar*, en Pueblo Nuevo del Terrible; *Ni rey ni patria*, en Cuenca...

Al mismo tiempo, se hizo evidente la imposibilidad de que el anarquismo andaluz se organizara como un amplio movimiento político centralizado: el intento, impulsado por los catalanes, de constituir una Federación Anarquista Andaluza fracasó por falta de consistencia.

La forma de organización propia de los anarquistas andaluces era la proliferación de grupos locales animados por los *conscientes*, que garantizaban la continuidad de la propaganda.

Con estos datos, los anarquistas fueron tejiendo pacientemente una sólida red que aseguraba la conexión entre los Centros Obreros. En 1917, la mayoría de estas sociedades, agrupadas en la FNA, decidió adherirse a la Confederación Nacional del Trabajo (CNT).

Al mismo tiempo, la noticia de la Revolución Rusa, que llegó a España de manera gradual, sumió a los andaluces en una exaltación desbordante. La caída del zar y la del emperador alemán fueron interpretadas de inmediato como señales de que grandes acontecimientos estaban por llegar.

La efervescencia se extendió durante toda la pri-

mavera de 1918. Las sociedades obreras comenzaron a multiplicarse repentinamente en todos los pueblos, incluso en pequeñas aldeas: todos parecían ganados por la Idea.

Se elaboró una táctica para preparar el movimiento: el 4 de noviembre de 1918 estalló una huelga general siguiendo una consigna organizada —y no fruto de la improvisación— en una treintena de localidades. El desorden fue generalizado. La autoridad fue abiertamente desafiada por todas partes, en escenas que recordaban a las jacqueries campesinas del siglo XIX.

Bandas de campesinos recorrían el campo patrullando. Hombres armados saquearon propiedades precipitadamente abandonadas y prendieron fuego a graneros. Allí donde reaccionó la Guardia Civil se produjeron enfrentamientos sangrientos. En las pocas propiedades que no habían sido abandonadas, los propietarios se organizaron militarmente para resistir un posible asedio.

Las autoridades evitaron el enfrentamiento directo y adoptaron una política de conciliación y concesiones. Los salarios aumentaron considerablemente y se prometió trabajo a los desempleados.

Hubo así un breve respiro, pero en enero de 1919 estallaron nuevas huelgas en distintos lugares.

A comienzos de la primavera, una acción de gran envergadura reactivó el movimiento. Una veintena de pueblos cesaron toda actividad laboral. La revuelta volvió a encenderse por todas partes. Resurgieron todas las esperanzas mesiánicas de principios de siglo.

Pero los estallidos desordenados de entonces habían dado paso a una acción organizada, preparada por la actividad constante de los Centros Obreros. Solo la provincia de Córdoba contaba ya con ciento sesenta centros, que agrupaban a casi toda la población activa en una especie de sindicato único.

La CNT, que había impulsado el movimiento y garantizado su cohesión, se vio, en el otoño de 1919, desbordada por sus propios afiliados. Desde entonces, sus dirigentes se esforzaron más por contener la violencia que por avivarla. En medio de la exaltación de la lucha, las reivindicaciones originales habían pasado a un segundo plano: ya no se trataba tanto de reclamar pan como de acabar con el enemigo.

En Puente Genil, por ejemplo, en noviembre de 1918, los patronos habían aceptado todas las reivindicaciones planteadas por los huelguistas. Sin embargo, estos no volvieron al trabajo: la huelga continuó. Los responsables cenetistas intervinieron y tuvieron que desplegar todos los recursos de la retórica sindical para lograr que una votación pusiera fin a la huelga, por una ajustadísima mayoría de tan solo dos votos. Ni siquiera se respetó la decisión: los más decididos se negaron a acatarla y continuaron la huelga.¹² Estallaron enfrentamientos que dejaron un muerto.

12. Los dirigentes cenetistas actuaban entonces desde la perspectiva de un sindicalismo puro, tal y como Salvador Seguí

La táctica sindical se veía ya desbordada. Bastaba con que un Centro Obrero lanzara una consigna para que los disturbios recomenzaran de inmediato. Las huelgas iban acompañadas de desfiles amenazantes y lanzamientos de piedras. La huelga campesina degeneró en una huelga general y, uno tras otro, todos los trabajadores fueron abandonando sus puestos. La actitud desafiante de los obreros se hacía cada vez más evidente.

Obligaban a los patronos a ir ellos mismos a hacer sus compras, mientras eran insultados por la multitud. Bandas de jóvenes recorrían el campo armados con tirachinas y atacaban a los tibios, a quienes eran sospechosos de querer marcharse discretamente a otra región.

En los pueblos, el Comité de Huelga actuaba como un auténtico poder, emitiendo órdenes por escrito y decidiendo incluso el boicot contra cualquier persona considerada hostil al movimiento. A partir de ese momento, a esa persona solo le quedaba rectificar o esconderse.

Apareció además otra práctica: en una región tan árida, el agua era, evidentemente, una cuestión vital. Los huelguistas comenzaron a montar guardia alrededor de los pozos para impedir que los patronos o los esquiroles —los *amarillos*— pudieran abastecerse de agua. La Guar-

trataba de impulsar por aquellas mismas fechas en las huelgas de Barcelona. Aquello estaba destinado al fracaso, tanto en la metrópoli catalana como en los pueblos andaluces.

dia Civil tuvo que poner en marcha operaciones de carácter militar para despejar el acceso a los pozos.

Las huelgas fueron apagándose por sí solas hacia finales de año. Solo algunos grupos irreductibles lograron mantenerlas hasta 1920 en determinados lugares.

Al movimiento le faltó transformarse a sí mismo mediante una acción decisiva que le permitiera pasar a una fase superior: por un lado, eso no era lo que deseaban los dirigentes cenetistas; y, por otro, los huelguistas solían considerar que el propio ejemplo bastaría para asegurar el paso a una era de comunismo igualitario y libertario.

Los diez años siguientes estuvieron marcados por una profunda apatía, hasta que nuevos cambios políticos en todo el país ofrecieron la ocasión de reavivar la guerra social en Andalucía.

Desde Andalucía hasta Barcelona se había establecido una relación dinámica desde comienzos de siglo. Se debía en gran parte a la llegada regular de pobres procedentes de las regiones rurales del sur, sin los cuales habría sido difícil mantener la vitalidad del movimiento revolucionario en la metrópoli catalana. Como todas las ciudades industriales en plena expansión, Barcelona atraía flujos incesantes de inmigrantes. Fueron ellos, llegados de Andalucía y del Levante, quienes mantuvieron en la ciudad la tradición anarquista. En Barcelona se hacía una vasta multitud difícil de controlar por su propia condición, errante e inestable, que no se diferenciaba

demasiado de los trabajadores con empleo estable, también en su mayoría de origen rural y perseguidos por las mismas aspiraciones.

Las transformaciones sociales y políticas de España durante las décadas de 1910 y 1920 solo produjeron una adaptación superficial de los pobres al entorno de la fábrica moderna, sin modificar el antiguo espíritu de rebelión campesina. La mentalidad de los obreros que se expresaría con fuerza en 1936 tenía poco que ver con la de los trabajadores de los países capitalistas avanzados; además, la fábrica moderna todavía ocupaba un lugar limitado en la sociedad española de entonces. Las máquinas funcionaban, pero el espíritu que las había concebido era completamente ajeno al español pobre. Del mismo modo, la propia idea de un Estado centralizado y todopoderoso siempre había sido percibida como una aberración total.

Los trabajadores españoles no estaban impregnados por la lógica reformista que guiaba entonces al movimiento obrero de Europa occidental: las ideas económicas apenas penetraban en su pensamiento, y por eso fracasaron los intentos de llevar la lucha obrera a un terreno exclusivamente sindical.

A los andaluces les daba igual ser gobernados por un rey, un dictador o una república. Debido a su apego fundamental a la propiedad privada, ni los liberales de 1868, ni los republicanos, ni los reformadores de comienzos del siglo habían cuestionado el régimen latifundis-

ta. Con la llegada de la República, en 1931, el gobierno de Azaña estableció un compromiso, rechazado de inmediato por la CNT, con el objetivo de desactivar la explosión rural concediendo algunas migajas a los campesinos. Los anarquistas criticaban el propio principio del reparto de tierras: empezaban a plantear ya no el reparto, sino la explotación colectiva de la tierra, cuya organización debería quedar en manos del sindicato.

La propiedad burguesa predominaba ampliamente sobre la propiedad nobiliaria, tanto por el número de propietarios como por la superficie de las tierras, con la excepción de la Andalucía mediterránea, una zona de minifundios explotados por campesinos totalmente sometidos a las exigencias de la burguesía comercial de Málaga. Estos propietarios, nobles o burgueses, se resistían a la tímida reforma republicana abandonando las tierras amenazadas; al mismo tiempo, la crisis mundial del mercado de cereales les animó a reducir los cultivos sembrados.

Combinada con una mecanización creciente, esta política tuvo como resultado el aumento del desempleo y el incremento del número de personas necesitadas en Andalucía. Los ricos y poderosos de la región salían beneficiados: este subempleo organizado permitía crear una considerable reserva de mano de obra, lo que presionaba a la baja los salarios de los jornaleros vitivinícolas de Jerez y de los trabajadores de ciudades como Cádiz, Sevilla o Córdoba.

En la baja Andalucía, los pobres empezaban de nuevo a agitarse. En junio de 1931 tuvo lugar una huelga general en Sevilla, reprimida por el ejército: el balance fue de treinta muertos y trescientos heridos. Los días 30 y 31 de mayo, los jornaleros de Medina Sidonia dejaron de trabajar en solidaridad con los trabajadores sevillanos, nuevamente en huelga; intentaron extender el movimiento incluso cuando la CNT había llamado a volver al trabajo. El 3 de junio intervino la Guardia Civil y mató a dos obreros. Poco después apareció un grupo cuyo objetivo era:

[...] difundir entre las masas proletarias la táctica de la acción directa y la finalidad comunista libertaria que constituye la razón de ser primordial de nuestra CNT frente a todos los políticos oportunistas.

Cuando, en enero de 1933, el proyecto de insurrección general organizado por la FAI llegó a la región, la efervescencia ya estaba muy avanzada.

El 4 de enero, los ferroviarios del depósito de Jerez se declararon en huelga tras la detención de dos de sus compañeros. Ese mismo día, los obreros panaderos y los trabajadores agrícolas de la ciudad y de los alrededores iniciaron una huelga que duró hasta el día 14.

El día 8, en Cádiz, un partido de fútbol degeneró en una pelea con la policía, con un muerto como re-

sultado. El día 9, la huelga se generalizó en varios lugares: Arcos de la Frontera, Utrera, Málaga, La Rinconada, Sanlúcar, Cádiz, Alcalá de los Gazules, Medina Sidonia y también San Fernando. En Ubrique y Algeciras, las autoridades habían realizado detenciones preventivas para cortar cualquier intento de sublevación.

El día 10, el movimiento llegó a Casas Viejas. La táctica de la FAI gozaba de gran prestigio entre los campesinos andaluces. Para los faístas, la espontaneidad revolucionaria de las masas rurales, no corrompidas por la política ni por el reformismo sindical, sería el crisol de la futura revolución. Y los andaluces nunca habían esperado ningún milagro de la República: solo lo esperaban de sí mismos, de una convicción que seguía siendo igual de firme.

Casas Viejas era un miserable pueblo situado a medio camino entre Jerez y Algeciras. La malaria y el hambre lo azotaban desde tiempos inmemoriales. Las tierras de los alrededores pertenecían al conde de Genil: una ley agraria debía expropiar una pequeña parte y redistribuirla, pero el gobierno de Azaña nunca se había atrevido a aplicarla.

Los habitantes de Casas Viejas, como ocurría en todos los demás pueblos andaluces, debían esperar la noticia del éxito de la insurrección en Barcelona para levantarse a su vez. Pero no esperaron a que les llegaran las malas noticias. La gente estaba consumida por la impa-

ciencia y por la necesidad de acabar con aquello de una forma u otra.

En los días anteriores habían circulado por la región los rumores más disparatados: varios pueblos ya habrían proclamado el comunismo, las tierras estaban siendo ocupadas y confiscadas; en definitiva, «el momento» había llegado.

En Casas Viejas, un viejo anarquista muy respetado decidió que había llegado la hora de instaurar el comunismo libertario. Transmitió su entusiasmo a familiares y amigos. Armados con palos y escopetas de caza, bajaron para sitiar a los guardias civiles, que eran cuatro y se negaron a rendirse: dos de ellos fueron abatidos.

La bandera rojinegra fue izada. Los rebeldes se apoderaron de armas y explosivos y quemaron todos los documentos administrativos («En la Comuna, nuestra tarea primordial es la destrucción de los archivos y de toda huella escrita de la esclavitud», decía un periódico anarquista local poco tiempo antes). También se incendió la oficina de recaudación municipal, tal y como ocurrió el mismo día en Sanlúcar.

Al día siguiente, el ejército rodeó el pueblo —incluso se enviaron aviones por si eran necesarios—. El viejo Curro Cruz y sus allegados, al comprender que el movimiento había fracasado en otros lugares y viendo que la situación estaba perdida, enviaron a los habitantes a esconderse en la sierra. Solo permanecieron los *conscientes*

—los militantes más comprometidos—, atrincherados en una casa.

Noventa guardias de asalto rodearon la vivienda: el primero que se atrevió a mostrarse fue abatido.

Tras un tiroteo que duró doce horas, los guardias recibieron una orden expresa del Ministerio de Gobernación para incendiar la casa. Ocho personas murieron en el incendio; pero aquello no pareció bastar al ministro Quiroga, pues otras trece personas, entre ellas un anciano inválido, detenidas en otras casas, fueron ejecutadas a sangre fría.

La represión se llevó a cabo siguiendo el modelo de las expediciones de pacificación en los pueblos del Rif marroquí. Una atrocidad similar tuvo lugar el mismo día en Bétara, en el Levante. La indignación fue general. Además, la revuelta de Casas Viejas había sido reprimida no por la Guardia Civil, de tristemente célebre reputación, sino por los Guardias de Asalto, creados expresamente para defender a la República.

La prensa cenetista llegó incluso a comparar a una de las víctimas, abatida tras una marcha forzada, con Cristo subiendo al Gólgota. El escándalo provocado por este asunto hizo caer al gobierno de Azaña y, con él, al siniestro ministro de Gobernación, Quiroga —el mismo que, en julio de 1936, se negaría a repartir armas cuando se anunció el pronunciamiento franquista—.

Los socialistas que apoyaban aquel gobierno —estas alimañas nunca habían tenido demasiados escrú-

pulos— quedaron, evidentemente, convertidos en corresponsables y perdieron popularidad entre los pobres.

Este episodio no calmó la ira popular. En junio de 1933 hubo una huelga general de jornaleros en la baja Andalucía, que se extendió rápidamente a las provincias de Sevilla, Córdoba y Jaén. Los huelguistas exigían una reducción de la jornada laboral sin disminución del salario. Se prefirió ceder a sus demandas.

En las elecciones de noviembre de 1933 se impuso, como era previsible, la abstención, impulsada por un llamamiento de la CNT. En la provincia de Cádiz alcanzó el 65 %. En diciembre de 1933 estalló una nueva insurrección en Aragón, promovida por los faístas. Los andaluces respondieron multiplicando las huelgas y los incendios de iglesias. En Bujalance intervino el ejército y murieron siete personas.

En junio de 1934 tuvo lugar una nueva huelga general de jornaleros en Andalucía: las autoridades respondieron con contundencia y arrestaron a diez mil huelguistas. Las elecciones de febrero de 1936 llevaron al Frente Popular al poder gracias a las consignas de la CNT, que animaba a votar con el pretexto de la amnistía para todos los presos políticos y sociales prometida por la izquierda. Aun así, la abstención siguió siendo elevada en las zonas rurales de Andalucía.

Toda la primavera de 1936 estuvo marcada por una agitación incesante: los pobres estaban decididos a imponer sus propias condiciones. Los anarquistas de la

FAI incendiaban iglesias por todo el país. Casi en todas partes los obreros se declaraban en huelga para exigir aumentos salariales y reducciones de la jornada laboral, e incluso indemnizaciones para quienes habían pasado por prisión en los años anteriores.

En el campo, los campesinos reclamaban tierras y no se conformaban con las medidas de reforma anunciadas por el Frente Popular. En mayo, un enfrentamiento entre campesinos y guardias civiles en el pueblo de Yeste, al noreste de Andalucía, dejó una veintena de muertos en el lugar.

Llegados a ese punto de explosión social, era inevitable que una de las partes en conflicto se decidiera a actuar. El pronunciamiento de los generales en julio provocó una respuesta que desencadenó algo que hasta entonces había sido imposible organizar: una conmoción revolucionaria en todo el país.

Los pobres de las ciudades y del campo aprovecharon su repentina posición de fuerza armada para proceder a la expropiación del capital, tanto agrario como industrial, y de ello surgió lo que se ha denominado las colectivizaciones.

Los comités de la CNT sustituyeron al antiguo poder local, pero el movimiento anarquista no intentó en absoluto consolidar ese avance rompiendo definitivamente con el debilitado poder central. Muy al contrario, sus dirigentes, completamente absorbidos por la lógica política, establecieron una unión sagrada con reformis-

tas y burgueses, y ofrecieron a la República un apoyo inesperado.

Nadie puede prejuzgar lo que hubiese sido de las colectivizaciones si el movimiento hubiera podido constituirse en el único poder en las zonas revolucionarias. Sin duda, una evolución radical habría modificado la sociedad en profundidad conforme a nuevos principios. Pero los dirigentes anarquistas, fieles a la política de compromiso pasado con el gobierno republicano, se dedicaron por el contrario a frenar la colectivización, confinada dentro de los muros de la empresa, y a reducir este proceso a una simple transformación jurídica de la sociedad bajo la autoridad suprema del Estado que habían renunciado a destruir. La convulsión fue más radical en las zonas rurales dominadas por el anarquismo. En Andalucía solo afectó a la mitad de la región: la otra había caído en manos de los franquistas desde los primeros días del pronunciamiento, los cuales procedieron a un auténtico genocidio contra la población local.

En los pueblos revolucionarios, en Cataluña, En Aragón, en Levante, y en la parte todavía libre de Andalucía, los habitantes empezaron por abolir la moneda. Todo el dinero del pueblo era voluntariamente entregado al comité. Los salarios se pagaban en forma de cupones: su cuantía era relativa no al trabajo de cada cual, sino al tamaño de las familias. En muchos lugares, el salario fue puro y simplemente abolido, y cada cual se abastecía en el almacén del que se encargaba el comité.

Era el reino absoluto de la gratuidad. Los comités ocuparon el lugar de los municipios y dirigían el trabajo colectivo. Sus miembros eran relevados con frecuencia para que todo el mundo ocupara su turno. Franz Borke-nau describía así la colectivización en Castro del Río:

[...] Un típico pueblo andaluz, mísero y populoso. Es también uno de los más antiguos bastiones anarquistas de Andalucía. La sección local de la CNT puede alardear de tener a sus espaldas veintiséis años de existencia, y desde la derrota de la guardia civil, los anarquistas representan el único grupo organizado del lugar. Aquí, los inicios de la revolución han seguido los mismos derroteros que en Pozoblanco: rebelión de la guardia civil aliada con los ricos y los caciques; al principio con éxito, pero más tarde seguida por el sitio del pueblo por parte de los lugareños, la rendición de los guardia civiles por falta de alimentos y, finalmente, la inevitable matanza. Los insurrectos, cuyas líneas principales estaban a pocos kilómetros del pueblo, lo habían atacado dos veces, pero sin éxito. Todas las entradas estaban fuertemente protegidas con barricadas y vigiladas con una competencia técnica fuera de los común. De manera que los anarquistas han tenido tiempo libre para instaurar su edén ácrata, un edén que, en la mayoría de los aspectos, era muy parecido al que instauraron los anabaptistas en Münster.

[...] El aspecto más destacado del régimen anarquista de Castro es la abolición del dinero. El intercambio ha sido suprimido; la producción ha cambiado muy poco. La tierras de Castro pertenecían a tres de los potentados más importantes de España, los tres absentistas, por supuesto.

[...] Ahora han sido expropiadas. El ayuntamiento no se ha fusionado con el comité como en todos los demás pueblos de Andalucía, sino que ha sido pura y simplemente disuelto y reemplazado por el comité, que ha implantado una especie de sistema de soviets. El comité rige los dominios explotados, que ni siquiera ha unido, sino que los siguen trabajado los mismos jornaleros de antes.

Los salarios en dinero han sido abolidos, sin duda. Pero sería erróneo decir que han sido reemplazados por el pago en especie; no hay paga alguna. Los campesinos obtienen la comida directamente de las tiendas del pueblo.

[...] El observador señala más adelante que, en el caso de estas personas, que soportan de buen grado unas condiciones de abastecimiento deplorables, «su odio hacia las clases acomodadas tiene fundamentos mucho más morales que económicos. No codician la buena vida de aquellos a quienes han expropiado, sino que quieren suprimir todos los bienes superfluos... Su concepción del nuevo orden que esperan instaurar es totalmente ascética.

Tal como han señalado los observadores extranjeros, durante los cien años anteriores a la guerra civil no hubo en Andalucía ni un solo levantamiento que no terminara en la creación de comunas, el reparto de las tierras, la abolición del dinero y una declaración de independencia, es decir, en el rechazo de someterse a cualquier poder externo, ya fuera el de los propietarios de tierras, la policía o los partidos políticos. Brennan señala:

Quien haya conocido a los españoles pobres reconocerá que su generosidad y su particular capacidad de cooperación los hacen perfectamente aptos para desempeñar un papel en una *comuna anarquista*.

La sección local de la CNT, heredera en la mayoría de los casos de los Centros Obreros de principios de siglo, constituía en cierto modo la anticipación del soviét: durante las huelgas, ejercía el verdadero poder en el pueblo. Se reunía en asamblea general para discutir los asuntos locales, y todos los habitantes del pueblo podían acudir a tomar la palabra. Esta forma de organización, que fue el eje en torno al cual se desarrollaron las colectivizaciones en 1936, fue el principal resultado del período de agitación sindical de finales de la década de 1910, y a su vez fue también un surgimiento de las municipalidades independientes de la Edad Media.

Las aspiraciones del anarquismo se orientaban hacia una Edad de Oro inminente, pero llevaban igual-

mente la huella de un pasado ya desaparecido cuya nostalgia era omnipresente: querían recrear las antiguas comunidades rurales que existieron en España en los siglos XVI y XVII. Incluso los obreros de las grandes ciudades habían conservado, profundamente arraigada, esa nostalgia del Siglo de Oro, en el que se vivía con escasez, pero conservando íntegras la libertad y la dignidad.

Aún no se había visto a la fábrica moderna aplastar al individuo y convertirlo en un engranaje, desprovisto de pensamiento.

Los anarquistas intentaban, de manera inconsciente, recrear por la fuerza las antiguas condiciones agrarias que existieron antaño en España, y recuperar la igualdad, la independencia y la dignidad que entonces habían conocido. Lo mismo puede decirse del carlismo: pero este último estaba exclusivamente orientado hacia el pasado y hacia las fuerzas que aseguraban su cohesión, el Rey y la Iglesia. El anarquismo, en cambio, estaba enteramente proyectado hacia el futuro, del cual tenía una visión apocalíptica. Sus raíces eran completamente distintas de las del socialismo europeo, en sus diversas variantes.

El socialismo, ya fuera reformista o pseudo-revolucionario en su versión leninista, pretendía integrar a los pobres como trabajadores dentro de la sociedad burguesa; de ahí su rechazo de todos los pobres que no trabajaban, considerados por él como un elemento sospechoso y perturbador. No había superado la religión: simplemente la había dejado de lado. Su punto de vista era el

del individuo político, cuyas aspiraciones y necesidades se definían dentro de la sociedad burguesa, donde debían encontrar satisfacción —por ejemplo, con el Frente Popular en Francia—.

Para los anarquistas, en cambio, las aspiraciones y las necesidades se definían más allá de eso, en la imagen de una comunidad perdida de la que habían deducido un proyecto utópico, orientado hacia un futuro cercano. Los anarquistas españoles habían fundado su proyecto en la fuerza moral guiada por la luz interior a la que nada debía poder resistirse. Del mismo modo que los milenaristas de la Edad Media tenían a Dios de su lado, los anarquistas tenían la verdad de su lado. En consecuencia, odiaban a la Iglesia exactamente como los rebeldes del siglo XIV. En ella veían la más grave de todas las mentiras, la que afecta a lo esencial.

Los incendios de iglesias y las ejecuciones de sacerdotes en los años 30 expresaron la furia de unos pobres cuyas aspiraciones habían sido demasiado tiempo engañadas por la Iglesia. Esta se había alineado decididamente del lado de los opresores en el momento decisivo; ella misma no era ya más que un instrumento de opresión. Cuando en 1931 se proclamó la República, tomó todavía claramente partido contra ella. En julio de 1931, el primado de España, monseñor Segura, publicó una carta pastoral en la que atacaba violentamente al gobierno: la Iglesia había apoyado de forma constante a la monarquía

en los años anteriores y temía que la República, obligada a hacer concesiones a los pobres, afectara a la integridad de sus bienes y propiedades inmobiliarias.

Para responder a este artículo, publicado en el ABC y a una manifestación monárquica del día siguiente, la multitud quemó en Madrid una nueva iglesia perteneciente a los jesuitas. En los días siguientes, el movimiento se extendió por todo el país. Decenas de iglesias y conventos fueron destruidos, sobre todo en Andalucía. Solo en seis ciudades —Madrid, Sevilla, Málaga, Granada, Murcia y Valencia— un total de ciento dos iglesias y conventos fueron completamente destruidos.

De 1931 a 1936, fueron pocos los edificios religiosos que se libraron de sufrir la justa prueba del fuego. Los pobres no perdonaban a la Iglesia por manchar su ideal, por corromper las almas con su infame concepción del pecado original, que luego justificaba la expiación mediante la miseria. La Iglesia podría todo lo que tocaba —¿cómo pensar libremente a la sombra de una capilla?—. Los campesinos del sur siempre habían honrado la fiesta de la Virgen María, patrona de Andalucía, y retomaban su canto de gloria, en el que ella se alegraba de ver a los poderosos destronados y a los pobres exaltados, a los hambrientos saciados y a los ricos hambrientos.

Cuando la revuelta se apoderó de ellos, dejaron de honrar a los santos de todo tipo, pero no olvidaron las profecías bíblicas. Y llegaron los apóstoles anarquistas

que exaltaban la revuelta: sustituyeron la idea del Reino de Dios por la idea de una comunidad libertaria e igualitaria que les correspondería instaurar en la tierra. Los pobres habían realizado esta verdad enunciada al mismo tiempo por la teoría revolucionaria: la religión es el opio del pueblo. Ya no pretendían, por tanto, combatir a su enemigo, sino exterminarlo, eliminar definitivamente de la superficie de la tierra esa infección.

Los supuestos excesos de la *Columna Durruti*, durante su paso por los pueblos de Aragón en el verano del 36, no tienen otro sentido. La prueba del fuego y la sangre estaba destinada a romper toda ligadura con un pasado odiado.

Me encontraba en una colina que domina Málaga, desde donde se elevaba el humo de unas doscientas casas en llamas. Un viejo amigo mío anarquista estaba a mi lado.

— ¿Qué piensa usted? — me preguntó.

— Pues bien, Málaga arde — le dije.

— Sí — dijo él —, Málaga arde.

— Y se lo digo: no quedará ni una sola piedra, no volverá a crecer ninguna planta allí y así desaparecerá la maldad de este mundo.

Díaz del Moral escribe:

¿Ha habido otro movimiento tan eficaz en Andalucía?
¿Qué otra escuela social hubiera logrado movilizar en

tan breve tiempo las grandes masas de asalariados, esta raza imaginativa e inculta cuya apatía no cede sino a resortes de entusiasmo? La voces socialistas, secas y frías, a mil leguas del corazón de los trabajadores, hubieran tardado un siglo en despertar a los dormidos. El republicanismo había gastado rápidamente sus mitos. Solo una doctrina de tipo religioso y utópico, con sus numerosos y fervientes apóstoles, con su ardiente y copiosísima predicación, con su impulsivo sectarismo, con su entusiasmo delirante, con sus enseñanzas ingenuas, primitivas, simplísimas, tan cerca, por eso, de la sensibilidad y del entendimiento de las masas andaluzas, tan conformes con su contextura psíquica y con sus latentes anhelos, tenía virtud bastante para operar el milagro.

Se trata de movimientos que empezaban por transformar la mentalidad y la conciencia de las personas, y por sacarles de la miseria psicológica, para acto seguido, avanzar sin volver la vista atrás y cortar todo lazo, todo vínculo espiritual con el orden antiguo, al cual no les unía finalmente más que un constreñimiento material, el de la necesidad.

Yves Delhoysie - Georges Lapierre

[...] la revuelta permanente mediante la palabra,
mediante el escrito, mediante el puñal, el fusil o la
dinamita.

PIOTR KROPOTKIN.

Le Révolté. Ginebra, 1880



A LA VIDA ES NECESARIO BRINDARLE LA
ELEVACIÓN EXQUISITA DE LA REBELIÓN DEL BRAZO Y DE LA MENTE

Prometeo_ediciones@riseup.net

Este texto se publica con el propósito de contribuir a la memoria histórica, entendida no solo como recuperación del pasado, sino como ejercicio crítico de comprensión de los procesos sociales y políticos que marcaron profundamente a la sociedad contemporánea. En este sentido, se busca ofrecer a quines lean herramientas para situar y comprender la experiencia colectiva de los sectores populares en un contexto de conflicto y transformación.

El trabajo se centra en los orígenes del anarquismo en Andalucía, un movimiento que no puede entenderse únicamente como una corriente ideológica importada, sino como la cristalización de unas condiciones materiales concretas: la pobreza rural, la concentración de la tierra, la precariedad del trabajo agrícola y las formas de sociabilidad campesina. A lo largo de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, estas realidades dieron lugar a una cultura política propia, marcada por la autoorganización, la solidaridad y la aspiración a una transformación radical del orden social. [...]

Anarquistas de Prometeo.

Verano de 2026